

La calle
Diario de un espectador
Irma Dorantes
por miguel ángel granados chapa

para el martes 17 de abril de 2007

Hoy por la tarde, en el salón Taxco del hotel Camino real de Anzures, será presentado el libro *Así fue nuestro amor*, escrito por Irma Dorantes en colaboración con Rosa María Villarreal. Como se sabe, la actriz y cantante fue la última mujer en la vida de Pedro Infante. Por eso escogió el cincuentenario de la muerte de su compañero para dar a conocer esta obra y evocar los duros momentos que vivió con motivo de la muerte del cantautor con quien estuvo unida a despecho del litigio iniciado por María Luisa León, reputada como la esposa legítima del protagonista de *Tizoc*, la cinta que le daría un triunfo póstumo en el festival de Berlín, y del que él ya no se enteraría.

Como lo recordamos ayer, Pedro Infante consiguió acomodarse en un avión de Tamsa para volver de Mérida a la ciudad de México. Volaría en un aparato al que apodaban “la calabaza” o llamaban por la parte final de su matrícula, el KUN. Sabía la señora Dorantes que “aunque era un avión tetramotor, se referían a él como trimotor, porque si no le fallaba un motor le fallaba otro. Los mecánicos se las ingeniaban para que funcionara, improvisando tornillos con papelitos dorados. Era un avión viejo, un desecho de la guerra. Estaba en muy malas condiciones y Julián Villarreal, su dueño, nunca invirtió en su mantenimiento.

A Pedro no le gustaba volarlo. Prefería el GEL. Sólo Víctor (Manuel Vidal, el capitán que murió en el accidente) y (Miguel) Tamayo (habitualmente el copiloto, que cedió su lugar a Pedro) piloteaban el KUN, sobre todo porque estaban obligados a hacerlo. Desde que tuvo licencia, Pedro iba siempre como capitán del GEL, pero las pocas veces que voló en el KUN lo hizo como copiloto con Víctor. El avión era tan pesado que sólo hacía vuelos cortos; muy rara vez venía a México.

Ese 15 de abril, muy tempranito, Pedro salió de la Casa de los Itzaes hacia el aeropuerto de Mérida. El avión ya estaba listo. Lo abordó y le pidió a Miguel Tamayo que bajara, porque él iba a ser el copiloto. Miguel no quería, pero Pedro le rogó:

--Es una emergencia, Tamayo. Ándele, bájese.

Miguel Tamayo se bajó a regañadientes. Minutos después el avión se desplomó en el centro de Mérida, en las calles 54 y 87. Todos sus tripulantes murieron. Debido al impacto, el combustible generó un incendio que abarcó varias casas. Una joven y un niño perdieron la vida y varios vecinos de la zona resultaron lesionados.

¿Por qué tomó el KUN ese día?...No lo sé, pero como él siempre decía: ‘del rayo te salvas, pero de la raya no’.

Estaba absorta en ese pensamiento, sin dejar de llorar, cuando escuché la voz de la sobrecarga avisando que en unos minutos aterrizábamos en la ciudad de Mérida.

¡Qué cosas!. Estaba llegando a Mérida, donde me casé con Pedro, donde viví el momento más bello de mi vida, para vivir ahora el momento más triste, más desgraciado y doloroso de mi vida. Debía comprobar que sí, que era verdad lo que en el fondo de mi corazón no quería aceptar. Pedro había muerto.

Ahogada en lágrimas y con la histeria frente a esa terrible verdad, bajé del avión. Casi en vilo, sin tocar el piso, estaba en medio de una multitud. No se cómo lograron meternos en un coche. Pensé que iríamos al lugar del accidente, pero no. Me llevaron al hospital, que extrañamente estaba en la misma calle de los Itzaes, aunque muy lejos de nuestra casa. En la oficina nos señalaron dónde estaba ¡Qué horror! En un jardincito del hospital había una especie de cajón de lámina. Un señor estaba sellando con un soplete ese espantoso cajón metálico, donde lo habían puesto. Nunca lo pude ver. Toda la gente lloraba conmigo. ¡Qué rabia! ¡Qué impotencia! Me saca ron de allí y me impidieron acercarme porque estaba histérica.

¡No, no, déjenme –gritaba– quiero verlo, por favor sáquenlo de esa caja de sardinas...”